

tal punto. ¿Cuál era la causa de aquella corrupción? «El culto de los falsos dioses», dice San Agustín. «Pero, exclamaban los Romanos en su dolor: ¿por qué, pues, Roma ha perecido después de haberse hecho cristiana?» «¿Quién tiene el atrevimiento de dirigir á Dios semejante queja? responde el santo obispo. ¿Un cristiano? Respóndase, si es cristiano, que Dios lo ha querido.» Colocado en el terreno religioso, es fácil al Padre de la Iglesia imponer silencio á las murmuraciones de los fieles. Un discípulo de Cristo no debe preocuparse de las cosas de la tierra, sino del cielo; no debe decir que Roma ha perecido, porque lo que constituye á Roma no son sus muros, sino los hombres, y los Romanos no han perecido si perseveran en las vías de Dios. ¿Por qué asustarse por la caída de las ciudades terrestres cuando subsiste la ciudad santa? En lugar de deplorar la muerte, la cautividad, la pérdida de las riquezas, bendigamos estas tribulaciones como una preparación para el reino de Dios (1).

Así, pues, el único sentimiento que inspira al cristiano la ruina de la antigüedad es una sumisión sin límites á la voluntad de Dios, el desprecio de la tierra, la sed del cielo. Los Padres de la Iglesia no tienen conciencia de la relación íntima que existe entre el cristianismo y los Bárbaros; no ven que en medio de la civilización antigua la religión de Cristo se mancha con la corrupción general; que una fe nueva requiere razas jóvenes y puras; que, lejos de deplorar la caída de Roma, deben ver en ella la aurora de un mundo mejor. Contemporáneos de la invasión, los Padres no podían descender el velo que ocultaba el porvenir; sin embargo, presienten vagamente que la sociedad que muere no merece sus lágrimas, que los Bárbaros son los aliados naturales del cristianismo (2); recuerdan que la capital del mundo romano ha sido como la víctima de la idolatría; en la caída de Roma ven al mismo tiempo la destrucción del paganismo (3).

(1) AUGUSTIN., *Serm.* 296, § 7; *Serm.* 81, § 9; *Serm.* 105, §§ 9, 13, 8, 11.

(2) « Los templos de Roma se cubren de polvo, dice SAN JERÓNIMO; la araña teje allí sus telas.... El Capitolio de doradas bóvedas está desierto y sucio. El paganismo abandonado, llora. Los antiguos dioses de las naciones, relegados á los rincones, comparten sus graneros con el buho y el mochuelo.»

(3) Este presentimiento brilla, desde el siglo III, en el poema de *Commodiano*

El cristianismo no llamó á los Bárbaros, como lo han dicho los paganos y los filósofos; pero no tardó en apoyarse en ellos. Otra acusación pesa sobre el cristianismo, y es la de haber apresurado la decadencia del Imperio, debilitando su defensa. Es verdad que la religión nueva apartó á los hombres de la vida civil; el cielo era la verdadera patria de los cristianos, el único objeto de sus preocupaciones. Los más celosos se retiraban al desierto; aquellos millares de monjes no daban un defensor al Estado (1). Aun los que permanecían en el mundo se inclinaban á buscar más bien la protección en las oraciones que en las armas (2). Bajo el punto de vista providencial, puede decirse que el cristianismo era aliado de los pueblos del Norte. Sin los Bárbaros no hubiera habido cristianismo, y sin el cristianismo los Bárbaros hubieran destruido el mundo que estaban llamados á regenerar. La invasión no debía ser un diluvio, sino una tempestad que purifica y fertiliza, aún destruyendo. El cristianismo intervino entre los Bárbaros y los Romanos para inspirar humanidad á los vencedores y para moderar por medio de la caridad las desgracias de los vencidos.

N.º 2. — *El cristianismo durante la invasión.*

Los cristianos se creían extranjeros en este mundo; gustaban de retirarse á la soledad, abandonando á César la sociedad. Bajo el despotismo imperial, tal vez fuese este el único papel posible

sobre el fin del mundo. Hablando de los Bárbaros que han de destruir el imperio, dice:

*Hi tamen gentiles pascunt Christianos ubique.
Quos magis ut fratres requirunt gaudio pleni;
Num luxuriosos et idola vana colentes
Persequuntur enim et senatum sub jugo mittunt.*

(En el *Spicilegium Solesmense*).

(1) GIBBON, *Decadencia del Imperio*, c. 38.—ZOZIM., *Hist.*, v, 23.

(2) Los habitantes de Turin, asustados por la aproximación de los Bárbaros, pensaban en huir. SAN MÁXIMO, obispo de Turin (en SAN AMBROSIO, Apéndice del tomo I) los disuadió de este designio: «Corrijan sus costumbres y hallarán en Dios un protector que los pondrá á cubierto de los insultos del enemigo. *El ayuno nos defenderá mejor que las murallas; la oración llegará más lejos que las flechas.*»

para la religion. Pero llegan los Bárbaros, y no respetan los asilos de los cristianos: «Los obispos encadenados, dice *Jerónimo*, los sacerdotes muertos, las iglesias derruidas ó trasformadas en caballerizas, hé ahí el cuadro que hemos visto. El mundo se desquicia» (1). La ruda mano de los Bárbaros llamó á los cristianos á la vida activa. Los pueblos, abandonados por los Césares, no hallaban apoyo más que en la Iglesia; los obispos fueron los que defendieron las poblaciones contra los conquistadores. Esta lucha de unos cuantos hombres que no tienen más armas que una cruz, contra los terribles guerreros del Norte, revela un poder nuevo. En la antigüedad domina la fuerza bruta; desde el principio del mundo moderno, el espíritu tiende á reinar sobre la fuerza.

Rafael ha eternizado la memoria del papa Leon deteniendo á Atila. El rey de los Hunnos estaba á las puertas de Roma, cuando el pontífice fué á su campamento y le determinó á la paz. Preguntado por qué habia mostrado tanto respeto hácia un sacerdote, Atila respondió, segun se dice, que al lado del papa se habia presentado otro hombre en traje sacerdotal, de elevada estatura y con una resplandeciente cabellera, y que este hombre, que llevaba una espada desnuda, le habia amenazado con la muerte (2). Leon mostró el mismo valor en la época de la invasion de los Vándalos. A la cabeza de su clero se presentó ante al feroz Genserico; no pudo impedir el saqueo de la ciudad; sin embargo, el vencedor prometió prohibir los incendios y perdonar á los ciudadanos desarmados. Roma pagana habia mostrado un soberbio desprecio por los Bárbaros; su agonía en el circo le servia de entretenimiento. Ha llegado la hora de la venganza; diariamente se presenta á las puertas de la Ciudad Eterna una nueva raza de Bárbaros. Los últimos

(1) *HIERONYM., Op., t. IV, P. II, p. 274.*

(2) *BARONIO* sostiene atrevidamente la verdad de la aparicion (*Annales ad a. 452, §§ 57 y sig.*). Un pasaje de *JORNANDES* (c. 42) explica el origen de la leyenda. Roma habia sido tomada por Alarico, pero el vencedor no habia sobrevivido largo tiempo á su conquista. Los amigos de Atila le hicieron temer una suerte análoga si entraba en la Ciudad Eterna. El historiador *PRISCÓ* dice que estas sugerencias decidieron á Atila á retirarse. La embajada de Leon habria causado impresion sobre el rey bárbaro en la disposicion de ánimo en que se encontraba.

y los más salvajes de todos fueron los Lombardos. El mundo romano se habia debilitado de tal suerte, que un papa, Gregorio el Grande, tuvo que excitar á los Italianos á defender sus ciudades y sus altares. Si no llegó á libertar á la Italia de los Bárbaros, al ménos apartó la espada de los conquistadores suspendida sobre Roma.

Las provincias, vejadas sin descanso por los pueblos del Norte, pedian diariamente la intervencion pacífica de los obispos. Más de uno halló una muerte gloriosa arrojando el furor de los Bárbaros, todavía paganos, y poco sensibles á exhortaciones que no comprendian (1). Pero su valor impuso muchas veces al vencedor; los Bárbaros se admiraban al verse detenidos por ancianos que pasaban de las súplicas á las órdenes y á las amenazas; admiraban su fuerza de espíritu, y muchas veces obedecian como niños (2). La invasion de Atila dejó profundos recuerdos de terror; la imaginacion de los pueblos descansó de aquellas sangrientas escenas embelleciendo el desinterés y la omnipotencia de sus santos. Santa Genoveva salvó á París por medio de sus oraciones. Troyes fué perdonada por la recomendacion de San Lupo. Orleans estaba sitiada por los Hunnos; el obispo *San Agnato* envia gente á las murallas para ver si descubrian á los libertadores; no se veía nada: «Orad, dice el santo, orad con fe»; y envia de nuevo gente á las murallas. «Orad, dice el santo, orad con fe», y envia por tercera vez á mirar desde lo alto de las torres. Se percibia como una pequeña nube que se elevaba de la tierra: «Ese es el socorro del Señor», exclama el obispo. Eran los Godos y los Romanos que venian á libertar la ciudad (3).

Los cristianos no podian rechazar á los Bárbaros con sus oraciones; pero si el cristianismo no detuvo á los Bárbaros, al ménos disminuyó los males de la guerra. Lo ha hecho notar ya un autor contemporáneo de la invasion. En la antigüedad no habia lazo en-

(1) Véase el ejemplo de *S. DIDIER* en la *Recopilacion* de *DOM BOUQUET* (t. I, p. 641).

(2) Véase el ejemplo de *SAN GERMAN*, en la *Recopilacion* de *DOM BOUQUET* (t. I, p. 643).

(3) *DOM BOUQUET, Recopilacion, t. I, p. 645.*—*CHATEAUBRIAND, Estudios históricos.*

tre los pueblos; el paganismo, en vez de ser un principio de union y de caridad, era una fuente de odio y de opresion, al paso que el cristianismo hizo á todos los hombres hermanos. Los Bárbaros convertidos, áun conservando sus costumbres salvajes, respetaron la cualidad de cristiano en los vencidos (1).

En el siglo v el derecho de guerra daba todavía al vencedor un poder ilimitado sobre los vencidos. La caridad de los santos dulcificó las llagas que no podía evitar. *San Ambrosio* apela sin cesar á la beneficencia en favor de los prisioneros: «La más meritoria de las buenas obras es la que devuelve un ciudadano á su patria, un hijo á su padre, y que salva el pudor de las mujeres.» Hizo fundir los vasos destinados al ministerio de los altares para rescatar cautivos. Como los Arrianos le criticaban por ello como por un crimen, el obispo se justificó ante el pueblo: «Más vale, dice, conservar para Dios las almas que el oro. Dios no ha dado oro á sus apóstoles para predicar el Evangelio. Si la Iglesia tiene oro no es para amontonarlo, sino para distribuirlo en caso de necesidad,....»

Las repetidas incursiones de los Bárbaros desolaron la Italia en la última mitad del siglo v; fué precisa una caridad llevada hasta el heroísmo para mitigar tantos sufrimientos. *San Epifanio* estuvo á la altura de su mision. Cuando Odoacro se puso á la cabeza de las bandas mercenarias que cubrian la Italia, obtuvo el santo obispo por medio de sus oraciones la libertad de gran número de cautivos. Pavia, quemada, saqueada, fué reconstruida por Epifanio; sin embargo, dice *Fleury*, no tenía más fondos que la Providencia. La invasion de Teodorico puso á Italia entre dos ejércitos de Bárbaros, igualmente formidables. San Epifanio se atrajo la confianza de los Godos y de los mercenarios. Al verlo, dijo Teodorico: «Hé ahí un hombre que no tiene igual en todo el Oriente; verle ya es una recompensa, vivir con él es una seguridad.» Los reyes le concedian la libertad de los cautivos, sabiendo que era el único medio de enriquecerlo (2). Teodorico, en el primer impulso

(1) OROSIO, *Histor.*, v, 1, 2.—AUGUSTIN., *de Civ.*, 1, 7.

(2) AMBROS., *de Offic.*, II, 15, 70, 71, 28. El mismo rasgo de caridad se cuenta de SAN CESÁREO.—*Act. Benedict.*, t. I, p. 659 y sig.—*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. IX, p. 383 y sig.

de la victoria, dió un edicto severo contra los partidarios de Odoacro. Epifanio se atrevió á reclamar, tanto por los culpables como por los inocentes: «Es una misericordia bien raquítica el no hacer mal á los que no han cometido falta alguna; Jesucristo pide que amemos á nuestros enemigos.» Teodorico era digno de oír este lenguaje; revocó su edicto. Se suscitaron guerras entre los Godos y los Bárbaros de las Galias; la Italia, privada de sus labradores, pidió la intervencion del santo omnipotente. Epifanio pasó los Alpes para tratar del rescate de los prisioneros que habian hecho los Borgoñones en Italia. Solicitó de Gondebaldo la libertad sin rescate; este era, segun él decia, el triunfo más bello para el vencedor. El rey empezó por reclamar en nombre del derecho que concede la guerra. Acabó por asentir á la demanda del piadoso embajador; más de seis mil cautivos fueron puestos en libertad gratuitamente; los demas fueron entregados por un módico rescate (1).

Epifanio halló un digno émulo en el apóstol de la Norica. *San Severino* (2) se habia retirado á una de aquellas soledades del Oriente que tanto atractivo tenian para las almas contemplativas; pero una irresistible vocacion le arrastró léjos de su dulce retiro y le llevó á en medio de los Bárbaros del Norte. Se le ofreció un obispado y lo rehusó para entregarse por completo á su mision de caridad. Se estableció en los países del Danubio, devastados por las guerras de Atila y las disensiones sangrientas de sus hijos; habia allí un continuo movimiento de pueblos bárbaros; la devastacion, la carnicería, el cautiverio, eran acontecimientos diarios. *Severino* reanímó el valor de los vencidos; el hombre de paz se mostró más fuerte que los guerreros (3). A su vista experimentaban los Bár-

(1) ENNODIUS, *Vita S. Severini*, p. 389, 391.

(2) Véase acerca de SAN SEVERINO, su vida por Eugippo, en los *Bollandistas Enero*, t. I, p. 483 y sig.—NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. III, p. 48 y sig.

(3) Los Bárbaros habian saqueado las campiñas y se habian llevado cautiva la poblacion; los habitantes acudieron al santo gimiendo. SEVERINO pregunta al jefe de las tropas romanas si tiene fuerzas suficientes para perseguir á los Bárbaros. «Si nos sosteneis con vuestras oraciones, responde el soldado, no tememos á los enemigos». El apóstol anima con su fe á aquel pequeño ejército, y recomienda al jefe que le envíe los prisioneros bárbaros. Los Romanos ven-

baros un sentimiento de respeto mezclado de terror; el santo empleaba su ascendiente en alejarlos ó en obtener la libertad de los cautivos. El rescate de los prisioneros era el acto menor de caridad de *Severino*. En los tiempos de grandes calamidades, lo que principalmente falta á los hombres es la fuerza moral. El apóstol de la Nórica enseñó á los vencidos á soportar las privaciones de una vida de miseria, imponiéndose á sí propio privaciones voluntarias; él, que habia nacido bajo el ardiente sol del Mediodía, andaba con los piés descalzos en medio de los rigurosos inviernos del Norte, cuando pasaban las carretas por encima del Danubio helado. Aquella dura existencia no lo hizo insensible á los sufrimientos de los demas; sentia el frio y el hambre al ver á los pobres careciendo de lo necesario. San Severino iba distribuyendo por sí mismo pan y ropas; daba á los desgraciados un alimento indispensable al mismo tiempo que elevaba sus almas hácia Dios. Su caridad era tan profunda, que venció el más cruel de los sentimientos, el egoismo, fruto de la desgracia: los pobres sacaban, de lo indispensable para sus necesidades, algo que dar á otros más desgraciados.

Los pueblos del Norte son señores del Imperio; se abre una era de bárbarie. Se necesitaba, en medio de la disolucion universal, una fuerza capaz de dominar moralmente á los conquistadores. La religion que predicaba y practicaba la caridad, el desinterés, la abnegacion, era digna de imponer su ley á los rudos Germanos.

cieron. San Severino libró á los Bárbaros de sus cadenas, les repartió víveres y los despidió diciéndoles: «Contad á vuestros jefes lo que habeis visto; que no vuelvan más á nuestras comarcas; no escaparían sin un castigo del cielo. Dios combate por sus defensores» (EUGIPP., § 27).

CAPÍTULO IV.

LA CONQUISTA.

§ I.—Los conquistadores.

Los Bárbaros que invadieron la Europa en los primeros siglos de la era cristiana no pertenecian todos á la misma raza. Los Germanos forman la masa de los conquistadores; ellos fundan el nuevo orden de cosas, de donde procede la Edad Media. Sin embargo, no todos los Estados creados por los conquistadores nacen viables. La religion juega un papel importante en los establecimientos de los Bárbaros; las tribus partidarias del arrianismo desaparecen; los pueblos convertidos al catolicismo son los únicos que llegan á fundar monarquías duraderas.

Los Tártaros, pueblos pastores, no tienen más ambicion que robar, devastar, destruir; sus conquistas son efímeras. Si hubiesen llegado á establecerse en Europa hubieran convertido á la Italia, las Galias y las Españas en comarcas parecidas á las estepas del Asia, donde ningun desmonte, ninguna valla, ninguna huella de trabajo humano detiene el paso de sus caballos.

Los Eslavos difieren tanto de las poblaciones guerreras de la Germania como de los nómadas Tártaros. Esencialmente agricultores, sus tendencias pacíficas los hacen extraños á las sangrientas convulsiones que abren la Edad Media; toman poca parte en la invasion, no aparecen en la escena del mundo hasta los tiempos modernos.